





Los pozos de la nieve

A la sombra de Clara Stauffer

Los pozos de la nieve

A la sombra de Clara Stauffer

Berta Vias Mahou



Título: *Los pozos de la nieve. A la sombra de Clara Stauffer*
(edición revisada e ilustrada)

© Berta Vias Mahou, *Los pozos de la nieve*, 2008, 2024

© Epílogo: Berta Vias Mahou, *A la sombra de Clara Stauffer*, 2024

© De esta edición, Ladera Norte, 2024

Diseño de cubierta y colección: ZAC diseño gráfico

© Fotografía de cubierta: Carlos Mahou Olmeda, *Clarita*, 1919

© Fotografías de interiores: colección Berta Vias Mahou (col. BVM) y colección José Manuel Jiménez Mahou (col. JMJM), según se indica en los pies, en los que también se da crédito al autor cuando se conoce.

Publicado por Ladera Norte, sello editorial de Estudio Zac, S.L.
Calle Zenit, 13 · 28023, Madrid

Forma parte de la comunidad Ladera Norte:
www.laderanorte.es

Correspondencia por correo electrónico a: info@laderanorte.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones que marca la ley. Para fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos), en el siguiente enlace: www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-128501-6-1

Depósito Legal: M-16643-2024

Impreso en España

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad



Índice

Los pozos de la nieve.....	11
Entre y pregunte sin más.....	13
Apague aquí su cigarrillo.....	20
Manejar con cuidado. Muy frágil	25
Espacio reservado para publicidad	29
Existe un libro de reclamaciones	36
Cobro a domicilio. Tarifa oficial.....	42
Sírvasse usted mismo	54
Responsable la empresa anunciadora.....	60
Se reserva el derecho de admisión	73
Desvío provisional	77
Hay lotería de Navidad	82
No tocar. Alta tensión.....	86
Nada que declarar.....	95
Razón portería.....	101
Se prohíbe escupir y hablar con el conductor.....	109
No doblar. Contiene fotos.....	115
Liquidación por traspaso.....	128
Coto privado de caza.....	137
Casa fundada en 1939	143
Peatón, circule siempre por su izquierda	151
Estamos de obras.....	157
Disculpen las molestias.....	167
Cuidado con el perro	172
Respeten el césped	177
Vado permanente.....	185
Más género en la trastienda	192

Revelado automático	203
¡Atención, curva peligrosa!.....	209
Naturaleza muerta.....	216
Es peligroso asomarse.....	222
 Epílogo: A la sombra de Clara Stauffer	 235
Álbum de fotografías	288

*Para Pedro, Antón y Pedro,
con no sé cuántos besos rotos*

Nuestras palabras
nos impiden hablar.
Parecía imposible.
Nuestras propias palabras.

PEDRO CASARIEGO CÓRDOBA

La risa de Dios

Los pozos de la nieve



WALDEMAR SICHART
VON SICHARTSHOFF
OBLT. Z.S.
3.1.1918 † 29.3.1943

Entre y pregunte sin más

Mi abuelo, al tomar el café, me hablaba de Juárez y de Porfirio, los zuavos y los plateados. Y el mantel olía a pólvora. Mi padre, al tomar la copa, me hablaba de Zapata y de Villa, de Soto y Gama y los Flores Magón. Y el mantel olía a pólvora. Yo me quedo callado. ¿De quién podría hablar...? Has recordado este poema, un poema con aires de canción, y los tiempos en los que el mantel olía a pólvora han vuelto a ocupar tu memoria. Y una extraña necesidad, la de venir hasta aquí, para acabar paseando como ahora paseas, entre las cruces, cuando la nieve vuelve a caer. Te subes el cuello del abrigo, te frotas las manos, vuelves hacia la entrada y te detienes ante la estela bajo un tejado a dos aguas para leer la inscripción que al entrar ignoraste. En este cementerio descansan veintiséis soldados alemanes de la Primera Guerra Mundial y ciento cincuenta y cuatro de la Segunda.

Pertenecían a tripulaciones de aviones que cayeron sobre España, a submarinos y otros navíos de la armada hundidos junto a nuestras costas. Algunos murieron en hospitales españoles a causa de sus heridas. Sus tumbas estaban repartidas por todo el país, allí donde el mar los arrojó a tierra, donde cayeron sus aviones o donde ellos alcanzaron a llegar... Has venido a pie, desde Cuacos de Yuste, dejando un largo rastro en la nieve. Las pisadas oscuras. Los cristales de hielo aplastados, derritiéndose. Esta madrugada los campos apa-

recieron cubiertos, aunque ahora vuelve a lucir el sol, un sol de invierno, brillante, pero débil. Las montañas aún se ven de color lila. Todavía no han despejado la calzada, aunque la puerta aquí ya está abierta. Alguien, siempre puntual, se encarga de tener todo en orden. Aun así, no ves a nadie. Estás solo. Como todas estas tumbas.

Hace tiempo que la curiosidad de unos pocos, alimentada al principio por alguna noticia en los periódicos, dio paso a la soledad de los muertos, que acaban por caer en el olvido, atrapados para siempre en tierra extraña. Nadie ha salido como tú tan temprano, sólo para ver unas cuantas tumbas. Nadie, excepto tú, el hombre que sabe que debe permanecer al margen y leer la historia que vivieron los demás. Dicen que al caer la tarde vienen algunas personas del pueblo. Que al anochecer se ven halos de luz. Y que traen flores. Una vez para una tumba. Otras para otra, al azar, porque ya nadie sabe quiénes son estos hombres, ese montón de nombres a los que de vez en cuando alguien rinde un modesto y anónimo homenaje. Tú te entretienes ahora leyendo las inscripciones, calculando la edad que tenían cuando cayeron. Oficiales, cabos, soldados rasos. *Ein unbekannter deutscher Soldat.*

Un soldado alemán desconocido. Y otro un poco más allá. Y otro. Nombres hermosos, con ecos muy diferentes. Las cruces, en cambio, son todas idénticas, de granito, toscas y un tanto irregulares, aunque sobrias, elegantes y no muy altas. Tienen regueros oscuros. De los frutos de los árboles. Y blancuecinos. De los pájaros. Hay hojas de roble caídas sobre la nieve. Una alfombra de condecoraciones pardas, crujientes. Y las estelas de pronto cobran vida. Son hombres uniformados, todos de la misma estatura y con el mismo porte, un ejército

en formación, aunque ya no marcan el paso, no pueden presentar las armas, encogidos para siempre bajo la tierra, entre encinas y olivos encorvados, bajo un sol que no es el suyo. Un par de robles y una glicinia seca estiran los dedos hacia la luz. Y la hiedra y la retama en los lindes, junto a la tapia. Has visto tantos cementerios a lo largo de tu vida.

Pequeños, grandes, luminosos, lúgubres... Casi todos se parecen y, sin embargo, cada uno tiene una personalidad propia. La que le han dado los familiares de los muertos, también la gente del lugar, no la que hubieran querido quienes en ellos yacen enterrados. Pocos, muy pocos, parecen dispuestos a cumplir la última voluntad de los demás. Pocos, menos aún, la expresan con la sencillez y la sinceridad de un poeta. Si alguna vez muero, quiero azaleas encima de mí. Quiero una ausencia de cruces. Azaleas encima de mí... Debe de ser tan difícil resistir a la tentación del monumento. Aunque aquí nada hace pensar en la sangre, en el dolor, en el caos de los cuerpos desmadejados. Qué distinto del cementerio judío de Praga, con esa profusión de laudas, agazapadas unas sobre otras, como dientes en el interior de una boca talmúdica. Éste es un cementerio alemán. Ordenado, recto.

Hermann Kilp. 1920-1943. Günter Reinke, muerto a la misma edad. Johannes Hoffmann, a los veinte. Waldemar Sichart von Sichartshoff, a los veinticinco. Otto Reichert, a los veintiuno. Walter Klima, a los veintidós. Rudolf Tanzberger, también a los veintiuno. Alfred Schlappa, Lothar Klooss, Florian Stabentheimer, Karl Bruckner, Peter Brühl... Así hasta ciento ochenta hombres, la mayoría muy jóvenes. Seres humanos que ya no son. Como tantos otros, muertos a manos de sus semejantes. Respiras hondo. Cierras los ojos. Dicen

que en tiempos de guerra hay que aprender de nuevo a vivir. Como en una cárcel. O después de una pérdida. Quizá por eso sean tiempos que se recuerdan sin cesar. Tiempos en los que en unos pocos años, en unos instantes, se vive lo que otros quizá no vivan en toda una vida, algo que a muchos les costó la suya. Tiempos de muertos que no mueren del todo.

Dicen también que en esos tiempos en los que el mantel huele a pólvora es cuando de tu interior puede surgir lo más grande y lo más vil. Las nobles cualidades, del mismo rincón que las acciones más ruines. Tal vez por eso los de guerra sean tiempos que rememoras sin cesar. Tal vez por eso el poeta añoraba que su abuelo, después de comer, le hablara de Juárez y de Porfirio, de los zuavos y de los plateados. Porque él, después de comer, se quedaba callado, preguntándose de qué, de quién podría hablar. Como tú, por más que hables para tus adentros, repitiéndote siempre las mismas preguntas. Como tú, que quisieras hacerlo en voz alta. Por fin. Hablar de todo aquello que te han contado, de lo que no te dijeron también, de lo que has podido averiguar con esfuerzo y paciencia. Hablar de Julio y de su hermano José con los codos apoyados sobre la mesa. Y de su padre. De su padre también.

De Julio y de José contemplando la carne transparente, roja, las semillas negras. De Julio y de José reunidos por última vez en torno a un mantel. Del olor a pólvora. Y de Clara, ante la tumba de su hijo, muerto también a los veintiún años, también él a manos de uno de sus semejantes. Heinrich Stauffer. 1939-1961. Has vuelto el rostro hacia el pasado y una vez más quieres detenerte, recomponer los fragmentos, no dejarte arrastrar por el futuro, porque sabes que quizá la única manera de lograrlo sea escribiendo, tratando de recupe-

rar cada retazo de la vida de otro tiempo, pero tu ánimo es un ser contradictorio, caprichoso, al que a menudo ni tú mismo pareces entender. Tan pronto piensas que hay que hablar en voz alta, que hay que escribir y que hay que tratar de hacerlo como un poeta, como sientes una aversión invencible hacia la palabra, no sólo hablada, también escrita.

Pero no tardas en volver a estar convencido de lo contrario, de que sí, de que hay que hacerlo, de que tienes que obedecer a esa necesidad, a ese urgente deseo de coger papel y lápiz, y ponerte a escribir, aunque estás convencido de que las dudas, la sensación de que tal vez harías mejor cortándote la mano derecha, no tardarán en reaparecer. Cortarte la mano derecha, sí. Y después la izquierda, en cuanto aprenda a hablar como la otra. Silencio, te dices. Y no se hable más de ti, ni siquiera de tus manos, esos muñones empeñados en juntar palabras. Porque tú aquí no eres nadie. Sólo un hombre que debe permanecer al margen y leer la historia que vivieron los demás. Karl Bruckner, Peter Brühl, Otto Rink, lees. Los nombres de esos jóvenes desaparecidos hace años y años. Las cifras que tanto dicen, sin decir apenas nada. 1923-1943. 1921-1943. 1920-1941. Respiras hondo, cierras los ojos.

Y en el silencio sólo roto por el vuelo de una bandada de rabilargos y el tableteo del pico de una cigüeña acechas la voz del viento. Y de pronto escuchas un disparo, una bala que se hunde en la carne, que se pierde en la nada, inmensa, de otro tiempo. En tu corazón. En el de Luitgard. En el de Heinrich. En el silencio del campo todo se oye cerca y a un tiempo lejos, con lo que resulta difícil saber si el ruido vino del interior o de algún lugar ahí fuera. Y sientes un fuerte dolor en el pecho. Una silueta oscura, una sombra agazapada desde hace años en

tu corazón, levanta por fin la testuz y te mira a los ojos. Despacio y a la vez de una manera súbita. Una sombra oculta tras el tronco de una encina, como una estatua de bronce reverdecida por el tiempo que de pronto cobrara vida y alzara la vista en mitad de un sueño. Tan despacio y a la vez de un modo tan repentino que aún sientes que te está mirando.

Abres los ojos, para no ver su rostro, ese rostro que te mira desde antes de que tú nacieras, que te mira desde siempre, para que deje de hacerlo, de mirarte de ese modo. Con una amenaza en los iris azules, en las pupilas oscuras. Las vainas de las glicinias tiemblan sobre tu cabeza, murciélagos de carnes lívidas recogidos en la bolsa formada por sus alas. Y los toros vuelven a mugir allá lejos. Vamos, Samuel. Trata de reconstruirlo todo. Busca los fragmentos entre la pila de escombros. Y te das media vuelta y despacio, como viniste, te marchas por el camino blanco, deshaciendo tus propias huellas, el largo rastro de tus pisadas en la nieve, sumido en tus recuerdos, en tantas preguntas aún sin respuesta, convencido de que lo más probable es que nunca llegues a encontrarlas, pero dispuesto a coger al fin papel y un lápiz. A escribir. Despacio, porque cada palabra es una lucha.

Una lucha con el deseo de callar, con la imposibilidad de hacerlo. Y aun así, seguir adelante, con la calma con la que te sentarías en un banco de una calle cualquiera a esperar que las palabras acudieran a ti, esas palabras que tan a menudo parece que se te niegan, que huyen de tu lado, pero que de pronto, cuando menos lo esperas, te llegan como lo hacen los copos de nieve, cayendo desde lo alto sobre ti, resbalando hasta cubrirtte del todo. Imágenes, ideas, palabras con las que ir reconstruyendo el pasado, esa selva enmarañada, borrosa,

sombría y llena de misterio que abarcas con la mirada desde lejos. Imágenes, ideas, palabras que a menudo te vienen como por casualidad. Como los sueños, sólo en apariencia azarosos. Para tratar de recomponer lo que, despedazado, ha ido quedando atrás, recurriendo casi tan sólo al presente, al infinitivo, al gerundio. Y, sobre todo, a las pausas.

No sólo en la escritura. Quisieras hablar también así. Siempre rozando el silencio. Presente, infinitivo, gerundio. Los tiempos del poeta, del conjuro. Los tiempos de la oración, no siempre agradecida. Y abandonar el pretérito perfecto, en el que tantas veces se echa en falta lo incompleto, la duda. Esa música capaz de hacernos vivir en otra dimensión, de obligarnos a imaginar, instalándonos para siempre en la generosidad de la incertidumbre. Hay tantos verbos definitivos en la vida de la prosa.

Apague aquí su cigarrillo

Ese tocador de caoba y largas patas cubierto de espejos, con cajones de diferentes tamaños, de los que cuelgan argollas metálicas bañadas en oro que sirven de tiradores, se ha convertido en todo tu mundo. Álbumes de fotos, partidas de nacimiento, cartas, un devocionario de hace más de cincuenta años. En su muda presencia, los cajones guardan infinidad de significados. Cada uno ofrece un viaje a un reino distinto. Abres una de las gavetas y sacas una imagen fijada sobre un cartón amarillento combado tras un siglo de existencia. La fotografía de un bebé vestido de encaje, con las mangas anchas, los faldones volando a su alrededor, los puños hundidos entre puntillas y lazos, las suelas de las botas en ángulo recto. Sobre un pedestal recubierto con una tela de dibujos geométricos y un cojín con motivos florales y borlas en los bordes, como si fuera un bocado exquisito.

O las llaves de una ciudad. O un futuro Papa, triste y guapo, con pendientes en las orejas y una medalla colgando del cuello. Los ojos cristalinos y la cabeza cubierta por una pelusa rubia casi invisible. Se aprecian hasta los pequeños clavos incrustados en el cartoncillo de los tacones. En el margen, escrito con tinta negra, un nombre. Clärchen Stauffer. Para leer una fotografía, como con un buen libro, es necesario escrutar cada detalle. Y hacerlo como quien husmea un rastro, en pos de víctimas y verdugos, repasándola una y otra vez, a

diferentes horas del día, desde varios ángulos, bajo estados de ánimo diversos, a distintas edades. Sólo entonces, cuando aprendes a recorrer cada instantánea como si fuera una calle muy larga de una ciudad por la que caminaras por primera vez o unas páginas que no quisieras olvidar, las figuras, cada palabra, cada una de las escenas no te abandonan jamás.

Y tal vez hasta puedas llegar a descubrir algo que de otro modo habría permanecido oculto para siempre, entre líneas, en algún rincón de la fotografía. Tal vez entonces los secretos del pasado, los de la historia que estás leyendo, se deslicen fuera de sus escondrijos. La cama de un hospital. Sabes, porque te lo han contado una y otra vez, porque preguntas a todos, empeñado en averiguar siempre algún detalle más, esforzándote por descubrir alguna pista en las palabras de quienes estuvieron allí, en los silencios de quienes te cuentan, que fue durante una tarde de tormenta. En 1904. El día 21 de mayo. Ahí fuera llueve sin pausa. Un chorro de agua cae por uno de los canalones y golpea contra una chapa de metal. Y en la habitación, una parturienta se seca la frente. La comadrona acaba de cortar el cordón. El médico arroja a un lado un despojo. Una masa rosácea, llena de grumos de alhorre.

La recién nacida queda a los pies del lecho. Comiéndose las sábanas. No vivirá, musita el doctor sin volverse, avergonzado. Y porque aún tiene que hacer. La vida de la madre corre peligro. Lo siento, don Conrado, no se puede hacer nada... El padre no aparta los ojos del cuerpo de la niña. En su barba roja y enjuta, un incendio. Los labios, perdidos en la pelambre, ni siquiera son capaces de insinuar un reproche. Una enfermera viene con una esponja y una palangana de metal desportillada. Conrad ha encogido la cabeza entre los

hombros. Es un hombre alto, pero de pronto parece un pigmeo. Y la piel, haberse pegado a sus huesos. Se sienta en una esquina, sobre el colchón. La matrona sacude la cabeza a un lado y a otro. Lo siento... Y se marcha, arrastrando los pies. La criatura sólo pesa ochocientos gramos. Se la puede coger con una sola mano, sostenerla en la palma, como a un ratón.

Un ratoncillo muerto. Konrad la observa en silencio. Tiene la piel transparente, las facciones desvaídas. Se le ven las venas, azules, rojas, verdes. Casi parece que se le podrían estudiar las entrañas. Y el alma. Sin necesidad de abrirla con un bisturí. Nada, repite el doctor. No podemos hacer nada... Y, mientras se lava las manos, también él sacude la cabeza a un lado y a otro. Después se las frota con alcohol. Se llenaría de escoceduras, añade. Moriría enseguida, con la primera infección. Al menor roce... Ahí fuera se escucha el compás de las últimas gotas. El aguacero empezó con rabia. Ahora cesa tímida, lentamente. El padre se estira y mira en torno, buscando ayuda. No se conforma con unas palabras de aliento. No es sólo por esa niña, que es la primera, pero que podría ser la última. Julia llora en silencio, los ojos cerrados, la cabeza en la almohada. Ha cumplido ya los veintinueve.

Y esperaba tener algún hijo más. Aunque de sus labios no saldrá ni una queja. Sólo sus ojos grises se han vuelto aún más traslúcidos. Konrad tiene ya cuarenta y tres y se le ve cada día más enjuto, más frágil, lejos del cazador bávaro de otro tiempo, pero sigue siendo un hombre voluntarioso, de temple ascético. Sabe que debe luchar, arrebatársela al destino, adelantarse a la ciencia. Buscar el milagro en el que ya no cree nadie. Sentado aún a los pies de la cama de su mujer, su vista de pronto se detiene. En una alacena se agazapa una masa de